

“Revelación de Jesucristo” (Ap 1,1). Es así como se inicia el último de los libros de la Biblia, a modo de un anuncio que tiene que ver directamente con la esperanza. En un mundo en crisis, en el que se desarrolla una lucha radical entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, se revela un plan de Dios que resuelve todos los cataclismos en un triunfo final del Cordero. Aunque el carácter cósmico de las manifestaciones que lo acompañan sorprende, la dramática de su narración nos sugiere que la misma esperanza en cuanto realidad humana tiene mucho que ver con la historia y nos permite interpretarla¹.

Al acercarnos a esta revelación se nos presenta una característica excepcional: el carácter *esponsal* de todo el relato. Es un dato decisivo para su comprensión real, ya que explica mucho de los simbolismos y de la narratividad del relato². En particular, al conjunto de la anterior literatura apocalíptica de la que toma gran parte de sus imágenes, nuestro texto añade una específica e inusual referencia al *Cantar de los cantares*³. Esta referencia concede a su enseñanza un valor muy novedoso: implica de facto una superación de la división entre una lógica universal social y otra particular familiar. Los dos niveles humanos se hallan entrelazados en todo el relato. Hemos de ver en esta nueva perspectiva unitaria, desde luego sostenida por el valor revelador de la acción divina que domina todas las escenas⁴, el lugar verdadero de la esperanza con la fuerza de la presencia de Jesucristo que da sentido a toda la historia⁵.

Por eso, en este año santo del 2025 que el Papa Francisco quiso darle el título de “peregrinos de la esperanza”, nos es conveniente pararnos a pensar un poco en la familia cristiana en su papel de ser sujeto y generadora de esperanza. Parece algo natural, sobre todo en su papel de ser el “santuario de la vida”⁶, pero hemos de ver en ella la misma lógica que nos aporta el libro del *Apocalipsis* que habla de la esperanza de una forma nueva.

Un marco para responder a una llamada

Lo primero que recibimos es un marco de referencia que sirve al hombre para la interpretación de la historia, es un modo de dar luz para una hermenéutica real de los signos de los tiempos que sea de verdad teológica. Hemos de hacer el esfuerzo de comprender qué nos pide el Señor en la actualidad. Este es el principio que tendrá, sin duda, una repercusión muy directa en poder entender el papel de la familia en nuestro tiempo, en especial en el diálogo que se ha de establecer entre la Iglesia y el mundo⁷.

Por una parte, se da en un momento histórico donde el rechazo de lo cristiano y su persecución se hace manifiesto. En el *Apocalipsis* todo se presenta desde la diferencia

¹ F. CONTRERAS, *La nueva Jerusalén, esperanza de la Iglesia. Ap 21,1-22,5*, Sígueme, Salamanca 1998, 262-269.

² Cfr. L. PEDROLI, “Dos esposos adornados para las bodas: la metáfora sponsal del Apocalipsis”, en *Estudios Bíblicos* 74/3 (2016) 411-431.

³ Insiste en ello: A. FEUILLET, “Visión de conjunto de la mística nupcial en el Apocalipsis”, en *Scripta Theologica* 18/2 (1986) 407-431;

⁴ Recordemos que Hans Urs von Balthasar ordena la acción de su obra Teodramática en referencia al Apocalipsis que fue motivo de meditación especial de Adrienne von Speyr. Cfr. H. U. VON BALTHASAR – A. VON SPEYR, *Apocalipsis de San Juan*, Ediciones San Juan, Madrid 2009.

⁵ Así centra toda su reflexión: JUAN PABLO II, Ex.Ap. *Ecclesia in Europa*, (28-06-2003). Ver, p.ej., n. 6.

⁶ Hemos de citar el importante documento: CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, (27-04-2001).

⁷ He de hacer referencia a: J. J. PÉREZ-SOBA (a cura di), *La famiglia: chiave del dialogo Chiesa-mondo nel 50° della Gaudium et spes*, Cantagalli, Siena 2016.

entre el bien y el mal, desde el juicio del Señor que revela lo definitivo de su valor, frente a su pretendida relativización⁸. El sentido de la lucha indica la necesidad de no perder nunca ese discernimiento entre lo bueno y lo malo. Su confusión es, precisamente, el mayor de los males que se suceden, pues supone haber dejado de esperar en Cristo como el juez de la historia, con un sentido último.

En medio de esta lucha, constantemente se manifiesta una desproporción enorme entre las fuerzas de los contendientes. Los fieles a Cristo aparecen siempre como desvalidos y del todo superados por los enormes poderes que dominan de hecho el momento histórico y están representados de un modo que se pueden comprender los personajes como referencia a los reinos que se han sucedido en la historia. Por eso mismo, el cristiano no puede apoyarse en las propias capacidades ni recursos. Como ya sucede en la apocalíptica del Antiguo Testamento, sólo puede esperar en la oración como el único modo de unirse al verdadero Rey de Reyes que domina todos los reinos de la historia, según la conocida espiritualidad de los “pobres de Yahvé” cuya única esperanza es Dios⁹.

Esta misma asimetría es la razón del valor verdadero del *testimonio*, porque hace presente el poder de la verdad de Dios en medio de este cataclismo. Hay un principio más grande que nuestras fuerzas y que es el imprescindible para poder caminar. En el conjunto de lo que vivimos no hay cabida a una posición *neutral*, la misma dinámica que domina todo el relato lo impide. Se juega el destino, aunque el escritor se proponga en la posición de observador, lo que nos relata, pide una implicación real de las personas.

Podemos ver entonces que el modo de responder a Dios en este ambiente de lucha y contradicción permite comprender mucho mejor que la luz que puede guiar en la vida de forma auténtica es la *fidelidad* a un amor que es el que de verdad puede explicar el sentido de la vida.

El tiempo pasado tras el posconcilio nos ha manifestado muchas posiciones de un modo muy diverso a las expectativas de los inicios de los años 60. Esto es lo que en la actualidad se ha de entender desde la presión de las *ideologías*, un aspecto del que San Juan Pablo II fue especialmente sensible y que es una cuestión del todo necesaria para entender el diálogo social en nuestra época¹⁰.

Los cambios vertiginosos de nuestro tiempo, dentro de un manifiesto cambio de época¹¹, ha hecho que la referencia apocalíptica esté presente más en nuestra vida social. Normalmente nos aparece desde sus manifestaciones exteriores, precisamente como consecuencia del *temor* que causado por la incertidumbre. Es una amenaza que vivimos de un modo extremo durante la pandemia y que sigue siendo un motivo grande de problemas psíquicos.

No se puede aceptar el marco de revelación de nuestro texto sin una profunda experiencia de fe. Pesa siempre la advertencia del Señor en su discurso: “Estad atentos a que nadie os engañe” (*Mt 24,4*). Los tiempos de angustia son propicios para dejarse llevar por cualquier mensaje. El cristiano debe tener la sabiduría de saber interpretar bien el momento presente para responder al Dios que es de verdad el Señor de la historia.

⁸ Un aspecto que destacó en su momento Soloviev, en su discurso sobre el anticristo, que es profético en tantos aspectos: V. SOLOVIEV, “Breve Racconto dell’Anticristo”, en ID., *I tre dialoghi e il racconto dell’anticristo*, Marietti, Genova 1996, 169-170: “Il Cristo, come moralista ha diviso gli uomini secondo il bene e il male, mentre io l’unirò coi benefici che sono ugualmente necessari ai buoni e ai cattivi. (...) Cristo ha portato la spada, io porterò la pace. Egli ha minacciato alla terra il terribile ultimo giudizio. Però l’ultimo giudice sarò io e il mio giudizio non sarà solo un giudizio di giustizia, ma anche un giudizio di clemenza. Ci sarà anche la giustizia nel mio giudizio, ma una giustizia compensatrice, bensì una giustizia distributiva”.

⁹ Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Ins. *Libertatis conscientia*, (22.03.1986), n. 47.

¹⁰ Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, “*Hombre y mujer los creó*”. *Para una vía de diálogo sobre la cuestión del gender en la educación*, (2.02.2019), n. 6.

¹¹ Como ya constató: R. GUARDINI, *El fin de la modernidad*, PPC, Madrid 1995.

En nuestro relato, la fidelidad personal se centra en un Amor que es también el que puede construir una ciudad entre los hombres, de forma que no se separa nunca de la historia general de la humanidad. La “Nueva Jerusalén”, vestida como una novia (Ap 21,2), es la esperanza plena para todos.

Un cristiano no puede entrar en el contenido de este relato, sino pasa una primera prueba: la de la *conversión*. Este es el sentido fundamental de la llamada a las siete Iglesias, que precede la narración de las luchas y le da un sentido histórico inmediato. La primera llamada urgente a las iglesias es una exhortación imperiosa que obliga a ver en medio de las pruebas cómo convertirse al Amor de Jesucristo y recibir entonces las promesas a quien permanece fiel. La urgencia de esta llamada explica la importancia de la respuesta. No es algo con lo que se pueda jugar. Es el único modo de entrar de verdad en la revelación necesaria para vivir cristianamente en nuestro tiempo.

El marco de referencia es entonces inmenso. Esto sirve para la manifestación de aquello que es como la base de la dramaticidad de la escena. No podemos entender la esperanza como una afirmación individual y subjetiva, sino que se fundamenta en la acción divina y no puede ser sino una esperanza *universal* que abarca a todos los hombres y trasciende a las épocas. Esta convicción es la que obliga a comprender que se trata de una misión, de una llamada para la que es necesaria una conversión como acto fundamental de adhesión¹².

Resuena así en nosotros la interpretación que hizo San Agustín como la luz esencial para su teología de la historia: “Construyeron dos ciudades dos amores, la ciudad terrena el amor a sí mismo hasta el desprecio de Dios, la ciudad del celeste, el amor a Dios hasta el desprecio de sí”¹³. Es un eco de la grandeza del movimiento conversivo, que ha de iluminar el camino del cristiano en todo momento como clave para poder comprender la historia. La pronunció justo en el momento en que veía que acababa el imperio romano. La civilización que había conocido se desmoronaba bajo la amenaza de los vándalos arrianos, lo que podía parecer también el fin del catolicismo. Su llamada a la conversión partía, entonces, de la convicción de encontrar la raíz de la identidad cristiana en medio de la crisis y como principio de esperanza.

Con esta luz podemos afirmar: existe una correlación profunda entre la marginalización de la fe en nuestra sociedad y la puesta en cuestión de la familia¹⁴. Una propuesta que permanece y que tiene como principio histórico la secularización del amor humano que ya realizó Lutero¹⁵. De allí proviene una dificultad interna de percibirlo como cognoscitivo y su rechazo en cualquier realidad científica que pierde, por tanto, la perspectiva del sentido completo de la experiencia.

Guardada por el valor del testimonio

En ese tiempo de crisis, la persona fiel necesita de una orientación, no basta con que aprenda una gestión de las dificultades, el relato propone la *esperanza* en una victoria de la que se participa. Los cambios suceden de modo inesperado y sorprendente y encuentran a los personajes siempre impreparados. La magnitud de los acontecimientos es tal que no puede encerrarse en una explicación coherente para ordenarlos. En vez de ello, se nos ofrece una *revelación*, existe un secreto que es fundamental para poder vivir adecuadamente esos sucesos.

¹² Cfr. U. VANNI, *Apocalisse di Giovanni*, 2 vols., Cittadella, Assisi 2018.

¹³ SAN AGUSTÍN, *De Ciuitate Dei*, l. 14, c. 28 (CCL 48,451): “Fecerunt itaque ciuitates duas amores duo, terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum Dei, caelestem uero amor Dei usque ad contemptum sui”.

¹⁴ Cfr. M. EBERSTADT, *Cómo el mundo occidental perdió realmente a Dios. Una nueva teoría de la secularización*, Rialp, Madrid 2014.

¹⁵ Cfr. I. SINGER, *The Nature of Love, I: Plato to Luther*, The University of Chicago Press, Chicago 1984, 329.

El estilo literario apocalíptico narra la historia como una especie de visión exterior propia de un vidente que nos narra aquello que se le presenta. Esta posición, que podría pensarse como la de un observador, es más bien la de un verdadero personaje que sabe más y que es capaz de transmitir la grandeza de una acción divina que da sentido a todo. Por ello, a pesar de las angustias que refiere, está lleno de un sentido de sobreabundancia de Dios. Los personajes son llevados a situaciones extremas, hasta el punto de que no sirve para ellos aplicar unos principios generales, sino que lo que se manifiesta es, ante todo, que cuentan con un *fundamento* en el que apoyarse.

Es aquí donde la lógica del amor y la promesa pasan a ser lo principal. Se trata de dos principios que no son explícitos, pero que sostienen todo el relato y que, naturalmente, en el mensaje revelado están unidos al amor esponsal que articula toda la revelación de la que hablamos. La sobreabundancia, entonces, la esperanza grande en la victoria del Señor de la Historia, nos enseña que hemos de sostenernos en la realidad de la gracia que genera una vida nueva que dará su fruto¹⁶.

La gracia divina, unida aquí al triunfo definitivo, no evita las persecuciones ni facilita los caminos; pero da a la permanencia en el amor el sentido propio del *martirio*, con una fuerza que va a continuar en toda la vida eclesial. Todo procede de “Cristo, el testigo fiel, el primogénito entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama” (Ap 1,5). Se ha de comprender esta manifestación como la aparición de la dignidad máxima del cristiano en su fidelidad a Dios que le concede una vida plena, es el testigo fiel que vive la esperanza en acto¹⁷.

Con esta presentación, podemos sin duda exponer que este testimonio del que se habla consiste exactamente en ser testigos de un Amor diferente capaz de interpretar todos los acontecimientos, por el mismo hecho de que es un amor que nos transforma¹⁸.

El valor del testimonio en la vida personal nos ayuda a una primera consideración histórica de especial relevancia en nuestro tema. Desde el Concilio Vaticano II, el primero que expuso de modo magisterial el tema de la familia, el diálogo entre la Iglesia y la sociedad pasa por la cuestión de la familia, que siempre de forma más urgente, hasta convertirse en decisivo¹⁹. Resulta muy claro que no se puede callar la cuestión como si fuera secundaria, o como si concesiones calculadas sobre la familia significara una mejor posición de la Iglesia en su pretensión de un diálogo abierto al mundo. En verdad se ha de cambiar la perspectiva, hemos de comprender la situación no como un encuentro entre una Iglesia institucional y una sociedad representativa, hablando sobre la cuestión de la familia para llegar a acuerdos. La posición es más bien la de las familias cristianas presentes en el mundo y cuya presencia y misión es una luz en él, son ellas las que tienen la voz propia del testigo, en una tarea única de generar una cultura familiar²⁰.

¹⁶ Recordemos que: BENEDICTO XVI, C.Enc. *Caritas in veritate*, (29.06.2009), n. 34: “Por su naturaleza, el don supera el mérito, su norma es sobreabundar”.

¹⁷ Cfr. J. RATZINGER, “Il rinnovamento della teologia morale: prospettive del Vaticano II e di *Veritatis splendor*”, en L. MELINA - J. NORIEGA (a cura di), «*Camminare nella Luce*». *Prospettive della teologia morale a partire da Veritatis splendor*, Lateran University Press, Roma 2004, 45: “Lungo tutta la storia umana i martiri rappresentano la vera apologia dell’uomo e dimostrano che la creatura umana non è un fallimento del Creatore, ma che, pur con tutti gli aspetti negativi verificatisi nella storia, essa è realmente illuminata dal Creatore. Nella testimonianza fino alla morte, si dimostra la forza della vita e dell’amore divino. Così proprio i martiri ci indicano anche ad un tempo la strada per capire Cristo e per capire che cosa significhi essere uomini”.

¹⁸ Es muy importante el estudio que se hace en la obra colectiva: AA.VV., *Le témoignage. Actes du Colloque organisé par le Centre International d’Études Humanistes et par l’Institut d’Études Philosophiques de Rome*. Rome, 5-11 Janvier 1972, Aubier Montaigne, Paris 1972.

¹⁹ Cfr. J. J. PÉREZ-SOBA (a cura di), *La famiglia: chiave del dialogo Chiesa-mondo nel 50° della Gaudium et spes*, Cantagalli, Siena 2016.

²⁰ Cfr. L. MELINA, *Por una cultura de la familia. El lenguaje del amor*, Edicep, Valencia 2009.

El tiempo pasado desde el Concilio, que comenzó con el gran debate despertado por la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI, ha estado caracterizado después por el empeño de Juan Pablo II para proponer la vocación al amor de un modo universal, la sabiduría de Benedicto XVI en relación a una teología del amor que conforma el sujeto cristiano y la impronta pastoral del Papa Francisco que toma el modelo familiar y fraternal como una realidad presente en el mundo y una llamada clave para una “Iglesia en salida”²¹. Constatamos, entonces, la necesidad de asumirlo dentro de un camino propio donde el papel de las familias es activo y central y hemos de comprender su posición.

El testimonio, en cuanto forma de vida, implica una identidad cristiana, es una cualificación específica de lo que significa ser testigo²² y se funda en la necesaria identificación entre el testigo y aquello que testifica. En esta dimensión reside la naturaleza profética de la Iglesia en su amplia dimensión, vinculada siempre a la esperanza²³.

Nadie se hace testigo a sí mismo, requiere reconocer esa misión desde una elección anterior y se desarrolla, entonces, desde un sentido profundo de *pertenencia*. Es aquí donde el sentido sponsal aparece claro. Por una parte, la corporeidad misma está implicada en el testimonio²⁴, sólo en cuanto esta se pone en juego, se puede testificar a Cristo venido en la carne y esto diferencia de forma radical el testimonio cristiano de la propaganda gnóstica.

Por otra parte, es un camino de crecimiento, desde la *exclusividad* del amor. Somos testigos sólo de Cristo, nuestro testimonio de Él es incomparable y lo vivimos así. Podemos exclamar lo que Karol Wojtyła refiere de una canción polaca como expresión de haber encontrado un sentido definitivo en la vida: “Tú sabes que siempre soy tuyo y que quiero caminar sólo por tu senda”²⁵. Es lo que como sacerdote había aprendido de las familias²⁶, en un ambiente ideológico claramente adverso. Así descubrió en ellas un modo nuevo de responder a los signos de los tiempos, desde la revelación de un Amor capaz de edificar (cfr. *1Cor* 8,1) una vida completa²⁷.

De aquí el modo con el Papa San Juan Pablo II comprendía el testimonio que la Iglesia espera de las familias, que es escondido, pero que se convierte en clamoroso, lleno de esperanza:

“se ha de reconocer que muchas familias, en la existencia cotidiana vivida en el amor, son testigos visibles de la presencia de Jesús, que las acompaña y sustenta con el don de su Espíritu”²⁸.

Definir la familia cristiana, la señal que la identifica

²¹ Cfr. FRANCISCO, Ex.Ap. *Evangelii gaudium*, (24.11.2013), n. 20.

²² Se trataría de la tercera dimensión de testimonio de la que habla: J. M^a PRADES LÓPEZ, *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad actual*, BAC, Madrid 2015, 107: “Un tercer nivel es el de la *confesión*. El testigo no sólo se compromete con su testimonio, sino que se adhiere a la causa que atestigua, implicándose en ella hasta el punto de poner en juego su propia vida”.

²³ Pues es una especificidad profética: cfr. P. BOVATI, «*Così parla il Signore*». *Studi sul profetismo biblico*, EDB, Bologna 2008.

²⁴ Como ocurre con los profetas: cfr. *ibidem*, 77-104.

²⁵ K. WOJTYŁA, *Signo de contradicción. Meditaciones*, BAC, Madrid 1978, 168.

²⁶ Cfr. S. GRYGIEL –P. KWIATKOWSKI (a cura di), *L'amore e la sua regola. Karol Wojtyła e l'esperienza dell'“Ambiente” di Cracovia*, Cantagalli, Siena 2009.

²⁷ Cfr. J. J. PÉREZ-SOBA –M. MAGDIĆ (a cura di), *L'amore principio di vita sociale. “Caritas aedificat” (1Cor 8,1)*, Cantagalli, Siena 2011.

²⁸ JUAN PABLO II, Ex.Ap. *Ecclesia in Europa*, n. 91.

“Un gran signo apareció en el cielo” (Ap 12,1). La aparición de los signos (cfr. Ap 12,3; 15,1)²⁹, justo en la mitad del libro que tratamos, es un cambio importante en la narración apocalíptica. Ahora los personajes actúan de una forma última que de algún modo precipita el juicio final y la victoria gloriosa de las bodas del Cordero. Extrañamente, el relato no nos presenta una mera señal simbólica, sino un *personaje* que es esencial para el desarrollo de la historia. Se trata, así, de una señal vivida y que enseña a vivir. El signo es una mujer, vestida de luz y que va a dar a luz³⁰. Desde luego, aparece como un signo de esperanza, y representa la forma paradigmática de cómo la esperanza pide un lugar entre los hombres. Se trata de la *fecundidad* que procede del Amor que guía el relato y que hace que el testimonio alcance un valor de totalidad única. La enseñanza es directa: no hay una recepción del don verdadero sin apertura a esa fecundidad que es un signo especial de Dios, aunque aparezca amenazado.

El aprecio de la vida como un don que incluye la necesidad de dar la vida se entrelaza así con la manifestación del Amor divino³¹. Es aquí donde podemos descubrir la familia cristiana como un verdadero don, como el “evangelio de la familia” en su sentido más estricto, con una expresión que siempre alcanza un valor nuevo. El contenido del don no es una decisión nuestra, la existencia de algo dado, nos enfrenta ante una realidad determinada a la que hemos de responder. Entendemos que se nos revela un principio interior de la esperanza: “Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia”³².

La lógica del don³³ se convierte ahora en un principio radical para la existencia cristiana, que llega al extremo de que se puede comprender que el recibir un mismo don es la primera raíz de cualquier comunión de personas, de un modo antecedente a cualquier pacto, que nunca es originario.

“Al ser un don recibido por todos, la caridad en la verdad es una fuerza que funda la comunidad, unifica a los hombres de manera que no haya barreras o confines. La comunidad humana puede ser organizada por nosotros mismos, pero nunca podrá ser sólo con sus propias fuerzas una comunidad plenamente fraterna ni aspirar a superar las fronteras, o convertirse en una comunidad universal”³⁴.

Los procedimientos técnicos o pactados no dan esperanza, sólo plantean una continuidad en la situación, mediante una gestión de las circunstancias. La debilidad de los pactos es más evidente en los tiempos de cambios rápidos porque falta un horizonte común que asegure el sentido de los pactos.

El mayor error de este principio procedimental³⁵ parte de la figuración de un sujeto aislado, sin relaciones que le identifiquen, sin un bien común sustantivo que pueda generar un camino común, en un individualismo radical. El pacto en estas circunstancias pasa a ser una cierta disolución del bien en el conjunto variado de los intereses³⁶. Se trata

²⁹ Cfr. D. E. AUNE, *Revelation*, en “Word Biblical Commentary, 52b”, Vol. II (6-16), Nelson Reference & Electronic, Nashville, Ten. 1998, 679. Para su diferencia con los diversos tipos de mitos paganos: *ibidem*, 669-676.

³⁰ Cuenta con un sentido profundo de revelación por el uso de “wfqh”: *ibidem*: “is often used to introduce theophanies”.

³¹ Según la razón profunda del sentido de la vida: JUAN PABLO II, C.Enc. *Evangelium vitae*, (25.03.1995), n. 49: “se puede comprender y llevar a cabo el sentido más verdadero y profundo de la vida: ser *un don que se realiza al darse*”.

³² C. PÉGUY, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Ediciones Encuentro, Madrid 1991, 20.

³³ Juan Pablo II la llamaba “hermenéutica del don”: cfr. JUAN PABLO II, *Hombre y Mujer lo creó*, Cat. 13, 2, Cristiandad, Madrid 2000, 117.

³⁴ BENEDICTO XVI, C.Enc. *Caritas in veritate*, n. 34.

³⁵ Cfr. G. ABBÀ, *Quale impostazione per la filosofia morale?*, LAS, Roma 1996, 104-129.

³⁶ Es la deficiencia radical del planteamiento de: J. RAWLS, *A Theory of Justice*, Oxford University Press, New York, Oxford 1972.

de dos lógicas muy diversas y podemos entender lo que significa la aplicación indiscriminada del principio del “pacto” en la familia, la introducción de una debilidad profunda, precisamente por apartarse de la fuente del don y la promesa que son el inicio de su esperanza.

La posibilidad de la fidelidad como realidad emergente, la hermenéutica del don, la experiencia de novedad

“Mira, hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5). Se trata en definitiva en la aparición del Esposo, dentro de la lógica del Amor esponsal que lleva en sí algo definitivo capaz de renovarse siempre, porque encuentra una fuente que constantemente mana y que permite crecer hacia una plenitud.

Podemos ver aquí la lógica de la entrega de amor que es la que asegura la novedad en la vida. San Pablo al concibe unida al bautismo para que “caminemos en novedad de vida” (Rom 6,4). El “nuevo nacimiento” (1 Pe 1,23; Jn 3,) es generador de una constante novedad, “nos ha regenerado para una esperanza viva” (1 Pe 1,3). No esperamos cosas nuevas, ni un orden nuevo de cosas, sino una específica relación de amor que saca de nosotros lo mejor. Ni la técnica ni la política son generadoras de la verdadera esperanza³⁷.

La esperanza tiene un principio que debe permanecer: esa fuente de vida que se manifiesta y que va creciendo y nos manifiesta en la necesidad de una *fidelidad al amor manifestado* en una temporalidad que se basa en la recepción profunda del don de Dios. La lógica amorosa esponsal, con su fuerte contenido experiencial, es la que sostiene nuestras expectativas.

“La venida en el interior de la Iglesia, como hemos notado, está enteramente marcada por el amor de Cristo, en una reciprocidad, que, requiriendo un recambio en la misma longitud de onda, se coloca en el esquema humano del noviazgo”³⁸.

Su valor de fecundidad como principio de esperanza, un tiempo generativo

“La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor”³⁹. Este es el modo como el Papa Francisco nos introduce el tema de la esperanza de un modo ligado a las realidades humanas más concretas como luz propia para todo este año santo que estamos viviendo con gran expectación. Su llamada a la *responsabilidad* indica ante todo que los esposos *responden a Dios* desde el “proyecto de Dios”. Se trata de una misión “sagrada”, perteneciente a la familia, y que ningún estado puede suplantar⁴⁰. Es imposible leer estas palabras sin tener en cuenta el enorme problema demográfico que pasa occidente y

³⁷ Es lo que nos dice: BENEDICTO XVI, C.Enc. *Spe salvi*, (30.11.2007), nn. 16-23.

³⁸ PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *Biblia y Moral. Las raíces cristianas del comportamiento cristiano*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2008, n. 145. Recordemos que el término “novio” viene de “ser nuevo”:

³⁹ FRANCISCO, Bulla *Spes non confundit*, (9.05.2024), n. 9.

⁴⁰ Este es el modo de presentarlo de: PABLO VI, C.Enc. *Humanae vitae*, (25.07.1968), n. 10. La lógica de todo el documento es: *idem*, n. 1: “El gravísimo deber de transmitir la vida humana ha sido siempre para los esposos, colaboradores libres y responsables de Dios Creador, fuente de grandes alegrías, aunque algunas veces acompañadas de no pocas dificultades y angustias”. Para la comprensión contextualizada del documento: cfr. G. MARENGO, *La nascita di un'enciclica. Humanae vitae alla luce degli archivi vaticani*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2018. Una valoración de este estudio en; L. MELINA, “Un contributo per la genesi e l'ermeneutica di *Humanae vitae*”, en “*Humanae vitae: una luce sulla grandezza dell'amore*”, en *Anthropotes* 34 (2018) 467-470. Pues hay que tener en cuenta el papel especial de Karol Wojtyła para su redacción, como demuestra documentalmente: P. S. GAŁUSZKA, *Karol Wojtyła e Humanae vitae. Il contributo dell'Arcivescovo di Cracovia e del gruppo di teologi polacchi all'enciclica di Paolo VI*, Cantagalli, Siena 2017.

comprenderlo como una de las claves sociales principales. La falta de hijos en una expresión evidente de una falta de esperanza radical⁴¹, desde una perspectiva social y mundial de máxima relevancia.

Ante estos desafíos, la familia vive de un tiempo nuevo, que tiene que ver con el amor, es lo que se denomina precisamente *generación* y que es muy importante a los ojos de Dios⁴². No porque cada familia genere de modo físico, sino porque forma parte de la lógica de la familia que tiene que ver con el hecho generativo como aliento de su vida. Tiene que ver sobre todo con la manera como el hombre se comprende a sí mismo, con el concepto de “edad de la vida”, que es la forma como se capta su identidad en relación al tiempo y que marca el proceso educativo⁴³. Esta forma “familiar” de comprender al hombre, es muy diversa de la de la “modernidad” que se centraba en la autoconciencia, como si fuera equivalente a la persona. También diversa de la de la posmodernidad, de raigambre humeniana, que se centra en el modo emocional de gestionar los propios estados de ánimo. Ninguna de ellas hace al hombre generativo, y, por ello, tampoco dan espacio a la esperanza. La autoconciencia busca sólo la propia afirmación en un sentido cercano al neognosticismo, por una comprensión espiritualista que la absolutiza⁴⁴ con caracteres divinos⁴⁵, fuera de la temporalidad. Por su parte, el emotivismo se enfrenta a un tiempo *fragmentado* con una débil unidad basada en una gestión de la sucesión de emociones sentidas⁴⁶, tendente siempre a la apariencia de “empezar de nuevo”, negando el pasado como inexistente o viéndolo como una realidad posible de cancelar. Pesa sobre ella la forma atemporal de considerar el amor que es propia del romanticismo y que influye tanto en la manera absolutizada de entender las emociones⁴⁷. Esta interpretación sigue pesando sobre el hombre contemporáneo, incluso sobre algunas formas de espiritualidad cristiana. Surge así la pretensión de vivir un continuado *presente* que, por eso mismo, no es capaz de integrar la auténtica esperanza en la realización de la vida, en especial, por perder la condición de *promesa* que contienen los dones divinos⁴⁸.

Si tomamos la educación como una generación continuada, se comprende mucho mejor la necesidad del hombre de asumir los vínculos permanentes y las relaciones constitutivas para la comprensión de la propia identidad. Es un proceso fundamental en el que se entrelaza la capacidad comunicativa del bien con la propositiva de la libertad⁴⁹, en un contexto donde la familia tiene el papel único de ofrecer un referente concreto en que se abre a la universalidad a partir del crecimiento necesario de cada persona: es el sentido verdadero de *progreso humano*⁵⁰. Esta es la correlación existente entre *familia* y

⁴¹ Insiste en ello: C. A. ANDERSON, *La famiglia: una risorsa per la società. Dimensioni giuridiche di una cultura della vita e della famiglia*, Cantagalli, Siena 2009.

⁴² Se debe a Eugenia Scabini el mérito de una reflexión grande de lo que significa la generación a nivel social: cfr. E. SCABINI-V. CIGOLI, *La identidad relacional de la familia*, BAC, Madrid 2014.

⁴³ Cfr. R. GUARDINI, *Las etapas de la vida*, Palabra, Madrid 1997.

⁴⁴ Analiza este error “moderno”: J. ARANA CAÑEDO-ARGÜELLES, *La conciencia inexplicada. Ensayo sobre los límites de la comprensión naturalista de la mente*, Biblioteca Nueva, Madrid 2015. Para el neognosticismo: cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, C. *Placuit Deo*, (1.03.2018), nn. 3, 14.

⁴⁵ Cfr. J.-J. ROUSSEAU, *Emilio, o de la educación*, Edaf, Madrid 1972, 323: “¡Conciencia, conciencia!, instinto divino, inmortal (...) juez infalible del bien y del mal, que hace al hombre semejante a Dios”.

⁴⁶ Es como lo presenta: D. GOLEMAN, *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona 1996.

⁴⁷ Cfr. K. S. POPE, *On Love and Loving. Psychological Perspectives on the Nature and Experience of Romantic Love*, Jossey-Bass Publishers, San Francisco –Washington –London 1980, 1-26.

⁴⁸ Para comprender esta concepción: cfr. J. GRANADOS, *Teología del tiempo*, Sígueme, Salamanca 2012, habla de la promesa en: *ibidem*, 183-231; su reflexión conduce a considerar un “tiempo del amor” en: *ibidem*, 333-350.

⁴⁹ Para ello: F. BOTTURI, *La generazione del bene. Gratuità ed esperienza morale*, Vita e Pensiero, Milano 2009.

⁵⁰ Cfr. PABLO VI, C.Enc. *Populorum progressio*, (26-03-1967), n. 15: “15. En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación”.

cultura que da a aquella un sentido realmente personal en la capacidad de generar cultura⁵¹. La transmisión del lenguaje, como primera enseñanza actúa simbólicamente en todo ello, no lo inventamos, sino que lo recibimos, insertándonos en una tradición. Este hecho concede a la identidad humana un referente comunitario⁵².

La clave generatividad-esperanza la vive el hombre desde la *vocación*. Entender la vida como un don, hace que se comprenda su generación desde la llamada divina a la que responder. Es el modo de vencer el temor respecto a dar la vida que supone un drama interior tal como lo presenta Karol Wojtyła a modo de drama en *Rayos de paternidad* en el primer monólogo que pone en boca de Adán:

“no llegaba a soportar la paternidad, no llegaba a estar a su altura. Me sentía completamente confuso y aturrido... y lo que era un don se convertía en un peso. Deseché la paternidad como un peso”⁵³.

La respuesta nos presenta un modo vocacional de comprender la existencia y que tiene un alcance verdaderamente eclesial. La vocación, como realidad propia de la persona, pues en ella se encuentra su verdadera identidad⁵⁴, contaría así con un valor existencial, esto es, no se define por la institución que la acoge, sino por la elección de Dios que la causa y que contiene la categoría de la *irreductibilidad* que pasa a ser esencial⁵⁵. Para comprender la vocación, como la persona, no puedo basarme en elementos ajenos a ella. En esta condición para la comprensión real del fenómeno vocacional cristiano, el primero de los referentes pasaría a ser la familia, con todo lo que esto supone de una verdadera “conversión pastoral”⁵⁶, todavía por hacer.

“Para desarrollar una pastoral vocacional, tan necesaria, es oportuno explicar a los fieles la fe de la Iglesia sobre la naturaleza y la dignidad del sacerdocio ministerial; animar a las familias a vivir como verdaderas «iglesias domésticas» en cuyo seno se puedan percibir, acoger y acompañar las diversas vocaciones; realizar una acción pastoral que ayude, sobre todo a los jóvenes, a tomar opciones de una vida arraigada en Cristo y dedicada a la Iglesia”⁵⁷.

Una vida sacramental en la propia corporeidad

El simbolismo sacramental del Apocalipsis es muy fuerte y ligado al valor salvador de las obras de Dios. La elección de Dios que es la que da el sentido profundo de la providencia de todo el relato comienza con un *sello*. No podemos por menos que recordar en ello el símbolo del *Cantar de los cantares*.

“Ponme como un sello en el corazón, como un sello en tu brazo, pues fuerte es el Amor como la muerte, cruel la pasión como el abismo. Las aguas caudalosas no

⁵¹ Cfr. L. MELINA, *Por una cultura de la familia. El lenguaje del amor*, Edicep, Valencia 2009.

⁵² Ha reflexionado sobre ello: C. TAYLOR, *Human Agency and Language*, Cambridge University Press, Cambridge 1985.

⁵³ K. WOJTYŁA, *Raggi di paternità*, en *Tutte le opere letterarie*, Bompiani, Milano 2001, 891: “non riuscivo a sopportare la paternità, non riuscivo a esserne all’altezza. Mi sentivo completamente confuso e stordito... e ciò che era dono, diventava un peso. Ho gettato via la paternità come un peso”.

⁵⁴ Como lo presenta: E. MOUNIER, *Manifeste au service du personalisme*, en *Œuvres*, I, Éditions du Seuil, Paris 1961, 528: “Cette *unification* progressive de tous mes actes, et par eux de mes personnages ou de mes états est l’acte propre de la personne. Ce n’est pas une unification systématique et abstraite, c’est la découverte progressive d’un principe spirituel de vie, qui ne réduit pas ce qu’il intègre, mais le sauve, l’accomplit en le créant de l’intérieur. Ce principe vivant et créateur est ce que nous appelons en chaque personne sa *vocation*”.

⁵⁵ Cfr. E. MOUNIER, *Le personalisme*, Presses Universitaires de France, Paris 1950, 70.

⁵⁶ FRANCISCO, Ex.Ap. *Evangelii gaudium*, n. 25.

⁵⁷ JUAN PABLO II, Ex.Ap. *Ecclesia in Europa*, n. 40.

pueden apagar el amor, ni los ríos anegarlos. Quien quisiera comprar el amor con los bienes de su casa sería despreciable” (*Cant* 8,6-7)⁵⁸.

Es el sello el que explica la fidelidad en medio de las pruebas, la elección del fiel se simboliza por ser sellado en la frente desde un beneplácito divino⁵⁹ y su fin acaba en las bodas del cordero. Es un sello que “toca la corporeidad” mediante una acción divina y que, de algún modo, explica la forma como el Espíritu Santo actúa en nosotros el “sfragi,jj”⁶⁰, que parte de una elección de amor y que promete una plenitud definitiva, siempre con una fuerza divina. Su relación es con la unción del Espíritu que tiene a Cristo como el Hijo amado de cuya gracia “todos hemos recibido, gracia tras gracia” (*Jn* 1,16).

Nos hallamos ante una acción verdaderamente salvífica, que para el hombre se convierte en una fidelidad a la propia vocación, con el paralelo de la fidelidad al amor, que constituye lo que es la fuente en la que apoyarse en el camino de la vida para no perder el camino.

Las familias cristianas, con su propia identidad, unida a su misión, viven entonces un misterio de Amor en su comunión, que las convierte en testimonio real de la presencia renovadora de Cristo en el mundo. Sin duda en la actualidad hemos de considerarlas un signo eminente de esperanza y de credibilidad del Evangelio. Deben ser conscientes de ello, para que puedan vivirlo como una misión que reciben, no del papa, ni del obispo, sino directamente de Dios por medio del sacramento que los ha sellado para Dios.

La fuerza de esta misión estriba en que viven un amor *definitivo* que participa de la *eternidad* de la Nueva Alianza, el principio de fidelidad alcanza un sentido imborrable: “Si somos infieles, Él permanece fiel, porque no puede perdonarse a sí mismo” (*2Tim* 2,13). Su permanencia no está al albur de la debilidad humana, sino que es testimonio de un Amor “que no pasa nunca” (*1Cor* 13,8). No es una atribución arbitraria de una característica divina que nazca de una sublimación inadecuada de una experiencia en sí misma ambigua. Es la constatación de la verdad del don recibido y sellado por la misericordia de Dios en su propia eternidad que no significa carencia del tiempo, sino manifestación de plenitud. La caridad conyugal que genera la comunión familiar llega a ser el fundamento del lugar primero en el que el hombre encuentra su vocación al amor y es capaz de responder a Dios en un camino de salvación.

El valor del testimonio, aunque parece pequeño en su manifestación exterior, es esencial para generar un entramado de relaciones en donde la familia misma se descubre como llamada a *acompañar* a otras familias para que encuentren su camino. Esto es lo que hacían las iglesias domésticas de los primeros siglos⁶¹, con un valor de comunión que fue fundamental en el crecimiento del cristianismo y que ha sellado su comprensión más profunda. No estamos en un tiempo de catacumbas ni de encerrarse en guetos, es ocasión de un testimonio fecundo de un amor capaz de transformar el mundo. Podemos concluir que el *acompañamiento* es el modo natural de transmisión de la fe en la familia⁶².

En este breve recorrido, basado en la identidad de la familia cristiana, no hemos presentado una familia ideal. La fidelidad de la que habla el apocalipsis no es de personas

⁵⁸ Toma como elemento central esa referencia al sello nupcial: P. RICOEUR, “La metafora nuziale”, en A. LACOCQUE - P. RICOEUR (a cura di F. BASSARI), *Come pensa la Bibbia. Studi esegetici ed ermeneutici*, Paideia, Brescia 2002, 263-298.

⁵⁹ Cfr. J. LARRÚ RAMOS, *Como un sello en el corazón. Una espiritualidad*, Monte Carmelo, Burgos 2015.

⁶⁰ Cfr. FITZER, “sfragi,jj; sfragi,zw; katasfagi,zw”, en *TWNT* VII, 939-952; hay una parte dedicada especialmente para el Apocalipsis por su propia importancia: *ibidem*, 950-952.

⁶¹ Cfr. R. FABRIS -E. CASTELLUCCI (a cura di), *La chiesa domestica. La Chiesa-famiglia nella dinamica della missione cristiana. Un profilo unitario a più voci*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2009, 9-123.

⁶² Me permito remitirme a: J. J. PÉREZ-SOBA, “Qué acompañamiento familiar abre una esperanza”, en *Un cambio de mirada ante el acompañamiento familiar*, en *Quaderns de Politiques Familiars. Journal of Family Policies* Sección monográfica 8 (2022) 12-23.

fuera de este mundo y sin defecto alguno, sino de los que conocen la fuente de la purificación y “han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero” (Ap 7,14). De aquí su valor de testimonio. Lo son especialmente de la *misericordia de Dios* que vence nuestra debilidad. La familia, es sin duda la primera misericordia que Dios ha tenido con el hombre⁶³.

La postmodernidad tiene el mérito de ser muy consciente de la fragilidad humana, centrada en una experiencia radical de *vulnerabilidad*. Es una dimensión importante que se había ocultado en la pretensión prometeica del hombre “hecho por sí mismo” de la modernidad. Todo ello está presente como base en la importancia de comprender la lucha entre el bien y el mal en la que se halla todo hombre. Es parte esencial de la dimensión moral de la existencia humana, como uno de sus componentes básicos⁶⁴. Estamos muy lejos de la idea de un superhombre más allá del bien y del mal, cuyas carencias y crueldad nos son bien conocidas. Este referente permanece aún en nuestros días como una imagen con su fascinación, pero con rasgos que son ante todo amenazadores. Entendemos mucho mejor que Nietzsche el sentido purificador que vive Raskolnikov con Sonia en *Crimen y castigo*. La pobre mujer que en su miseria tiene fe en el amor, rescata al hombre centrado en sí mismo, lo hace por su propia vulnerabilidad desde un Amor capaz de resucitar al que estaba perdido, por un amor esponsal, de forma que, aún desterrados en Siberia, se podía decir de ellos: “Los resucitaba el amor, el corazón del uno encerraba infinitas fuentes de vida para el corazón del otro”⁶⁵.

El matrimonio y la familia nos aparecen en toda su vulnerabilidad como una fuente de esperanza. La familia cristiana lo vive desde la conciencia profunda de ser vulnerables al amor de Cristo, cuya primera acción es vencer su debilidad y transformarla, “para presentarla gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada” (Ef 5,27)⁶⁶. La caridad esponsal de Cristo presentada en la carta a los Efesios no es un ideal inalcanzable que se haga un peso insostenible a las familias. Es una fuente constante de renovación en medio de la lucha en la que la familia cristiana halla su identidad y la convierte en testigo. Se mueve todo ello en un sentido eclesial fundamental, pero ligado a la caridad vivida de cada familia en un camino de renovación. Son las familias las que están en este camino de conversión y testimonio y configuran el camino de la Iglesia⁶⁷: “Entretanto, la vida no se detiene, en particular, ¡no se detiene la vida de las familias!”⁶⁸.

Este hecho es esencial para la conciencia de la Iglesia en esta época y para que pueda reconocer la propia misión en la transmisión de la esperanza, que hemos visto ligado en todo momento con la verdad del amor esponsal de Cristo “para la vida del mundo” (Jn 6,51).

⁶³ Cfr. P. BORDEYNE, “Il matrimonio, sacramento della misericordia divina”, en J. J. PÉREZ-SOBA (a cura di), *Misericordia, verità pastorale*, Cantagalli, Siena 2014, 123-140.

⁶⁴ Como lo presenta: M. C. NUSSBAUM, *The Fragility of Goodness. Luck and Ethics in Greek Tragedy and Philosophy*, Cambridge University Press, New York 1988.

⁶⁵ F. M. DOSTOYEVSKI, *Crimen y castigo*, epílogo, *Obras Completas*, II Aguilar, Madrid 1957, 398.

⁶⁶ Cfr. H. SCHLIER, *La carta a los efesios*, Sígueme, Salamanca 1991, 330-331.

⁶⁷ No podemos dejar de recordar que: JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, (2.02.1994), n. 2: “La familia, camino de la Iglesia”.

⁶⁸ FRANCISCO, *Catechesis sobre la familia*, 31, Perdona nuestras ofensas (4-XI-2015). Una reflexión sobre ello en: J. J. PÉREZ-SOBA, “La casa: il cammino lungo il quale seguire il Maestro”, en PAPA FRANCESCO, *Famiglia in cammino. Le catechesi sulla famiglia di Papa Francesco commentate da Juan José Pérez-Soba*, Cantagalli, Siena 2016, 137-316.

Conclusión

Empezamos asombrándonos en el valor de revelación del Amor que el Apocalipsis nos presentaba y que era el lugar verdadero de esperanza para todo hombre, en especial en un cambio de época. Ahora comprendemos desde los signos de los tiempos que ese lugar queda representado por las familias cristianas en una misión singular e insustituible que la Iglesia debe considerar y apoyar con todas las fuerzas.

Este movimiento interior nace de la conciencia de un don del amor que genera vida, eso es lo que nos conduce a invocarlo con el corazón agradecido y esperanzado. Pedimos la sabiduría de hacer creíble ese don en medio del mundo como expresión de esa transformación que asombra al hombre. No puede quedar esta realidad marginada dentro de un sentido privado sin relevancia social⁶⁹. Tiene un aliento de verdad eclesial unido a su misión y que han de vivir las familias cristianas en un tiempo propicio para su testimonio. La Iglesia, consciente de eso, lo pide al Esposo con insistencia y esperanza. Lo podemos expresar con palabras del Papa Francisco:

“Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20)”⁷⁰.

⁶⁹ Es lo propio de la lógica del amor: BENEDICTO XVI, C.Enc. *Caritas in veritate*, n. 2: “[La caridad] da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas”.

⁷⁰ FRANCISCO, Bulla *Spes non confundit*, (9.05.2024), n. 19.